XVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Segunda Lectura: 2Cor Ef 2,13-18

Él es nuestra paz, él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa

La primera segunda lectura nos ha presentado lo que se puede definir como el "evangelio" del Apóstol de las gentes: todos, incluso los paganos, están llamados en Cristo a participar plenamente en el misterio de la salvación. En particular, el texto contiene la expresión "Él, Cristo, es nuestra paz" (Ef 2, 14). Como cristianos, sabemos que la paz que anhela el mundo, la Patria, la familia, cada corazón tiene un nombre: Jesucristo. "Él es nuestra paz", que nos ha reconciliado con Dios en un solo cuerpo mediante la cruz, poniendo fin a la enemistad (cf. Ef 2, 14).

Inspirado por el Espíritu Santo, san Pablo no sólo afirma que Jesucristo nos ha traído la paz, sino también que él 'es' nuestra paz. Y justifica esa afirmación refiriéndose al misterio de la cruz: al derramar 'su sangre', dice, ofreciendo en sacrificio 'su carne', Jesús destruyó la enemistad "para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo" (Ef 2, 14-16).

El Apóstol de los gentiles explica que Cristo es quien "de los dos pueblos hizo uno" (Ef 2, 14): esta afirmación se refiere propiamente a la relación entre judíos y gentiles en orden al misterio de la salvación eterna; sin embargo, la afirmación puede ampliarse, por analogía, a las relaciones entre los pueblos y las civilizaciones presentes en el mundo. Cristo "vino a anunciar la paz" (Ef 2, 17), no sólo entre judíos y no judíos, sino también entre todas las naciones, porque todas proceden del mismo Dios, único Creador y Señor del universo.

Los Cristianos, discípulos de Jesús, en medio de las tensiones de nuestro tiempo, debemos recordar que no hay felicidad sino para los «artífices de la paz» (Cfr. Mt 5, 9). En ella cada uno debe compartir con todos sus hermanos el anuncio de la salvación y la fuerza de la esperanza. Pablo nos dice de Cristo: "Él es nuestra paz, El que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de la separación, la enemistad" (Ef 2, 14). Sabemos qué fuerza misericordiosa nos transforma en el sacramento de la reconciliación.

La paz es multiforme: paz entre las naciones, paz en la sociedad, paz entre ciudadanos, paz entre las comunidades religiosas, paz en el interior de las empresas, en los barrios, en los pueblos, y, en particular, paz en el seno de las familias. La Paz está en la entraña de la religión cristiana, puesto que para el cristiano proclamar la paz es anunciar a Cristo; "Él es nuestra paz" (Ef. 2, 14); el suyo es "Evangelio de paz" (Ef. 6, 15) : mediante su sacrificio en la Cruz, El realizó

la reconciliación universal y nosotros, sus seguidores, estamos llamados a ser "operadores de la Paz" (Mt. 5, 9); y sólo del Evangelio, al fin, puede efectivamente brotar la Paz, no para hacer débiles ni flojos a los hombres sino para sustituir, en sus espíritus, los impulsos de la violencia y de los abusos por las virtudes viriles de la razón y del corazón de un humanismo verdadero.

Pablo VI, el peregrino de la paz, decía: "La verdadera paz debe fundarse en la justicia, en el sentido de la dignidad inviolable del hombre, en el reconocimiento de una igualdad indeleble y deseable entre los hombres, en el principio básico de la fraternidad humana, es decir, en el respeto y amor debido a cada hombre, porque es hombre".

Por tanto, Jesús nos pide a cada uno que seamos testigos de unidad y paz para todos aquellos que viven cerca y lejos de nosotros. Cristo es la fuente de la unidad a la que está llamada toda la familia humana, la unidad de la que la Iglesia es signo y sacramento. Como Cordero de Dios, Él es la fuente de la reconciliación, que es al mismo tiempo don de Dios y deber sagrado que se nos ha confiado. Como Príncipe de la paz, Él es el manantial de esa paz que supera todo entendimiento, la paz que nos espera en el cielo. Que él nos sostenga en nuestras pruebas, nos consuele en nuestras aflicciones y nos confirme en nuestros esfuerzos por anunciar y extender su reino.

Que María nos enseñe en su Hijo el camino de la paz, e ilumine nuestros ojos para que sepan reconocer su Rostro en el rostro de cada persona humana, donde reside el corazón de la paz.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)